
I

En la aurora de mi vida literaria, cuando cursaba todavía las aulas de la Universidad de Guadalajara, quiso mi buena fortuna que cayese en mis manos el *Tesoro del Teatro Español*, preciosa recopilación hecha por D. Eugenio de Ochoa, literato de grata memoria. Recorrido el primer tomo, cuyo interés histórico, si bien dejó satisfecha mi curiosidad, no alcanzó á cautivarme el gusto, pasé al segundo, consagrado por entero al «Fénix de los ingenios,» al «Monstruo de la naturaleza,» como en el colmo del entusiasmo llamaron á Lope de Vega sus contemporáneos. Ya tenía yo noticia de la pasmosa fecundidad de aquel poeta; ya sabía que era considerado como el verdadero creador del teatro español; pero á decir verdad, las críticas que con sañuda persistencia le prodiga D. José Gómez Hermosilla, en la obra que me inició

en el estudio de las bellas letras, habían dejado en mí un fondo de preocupaciones, al través de las cuales se me presentaba el gran dramaturgo como un genio extraviado, casi bárbaro, que en el ciego empeño de producir sin tino y sin meditación, había sacrificado todas las reglas del buen gusto, todos los sanos principios de la Estética, y cuyas obras, asombroso conjunto de desordenadas creaciones, ofrecía los turbios orígenes de donde más tarde se alzaría el soberbio edificio de la dramaturgia española.

Bajo tan poco favorables prevenciones, emprendí la lectura de aquel volumen, creyendo de buena fe que iba á ver confirmados en todas sus partes los severos juicios del implacable retórico. Sin embargo, no pasó mucho, debo apresurarme á decirlo, sin que inconscientemente comenzaran á modificarse mis impresiones. Ciertamente es que hallaba de vez en cuando algún alambicamiento en las ideas, alguna exageración en las metáforas, alguna impropiedad en las hipérbolos; pero estos defectos, que parecían dar la razón al riguroso preceptista, desaparecían ante una versificación de incomparable fluidez; ante un estilo lleno de vida, de pasión, en que brotaban como creación espontánea las brillantes flores de la más delicada poesía; en que la gracia y el donaire hacían con frecuencia lugar á la profunda sentencia del filósofo, á la amarga queja nacida del fondo de un corazón herido.

En cuanto á la factura dramática, verdad es que harto maltrechas quedaban las famosas unidades de

lugar y de tiempo; que en cada escena al cambiar la decoración nos hallamos en sitios diferentes más ó menos distantes, que ofrecen situaciones entre las que se supone que media un espacio de tiempo considerable; que en las peripecias, especialmente en el desenlace, no siempre es respetada la verosimilitud; que ni los personajes, ni el estilo, ni la versificación presentan la uniformidad recomendada por el arte clásico; pues no es raro ver al rey codearse con el lacayo; el lenguaje elevado de la pasión interrumpido por un chiste vulgar ó una agudeza inoportuna, y apurados todos los recursos de la métrica castellana, desde la octava real hasta el romancillo, desde el madrigal y el soneto hasta la redondilla y la décima. Pero en medio de tales defectos, que no es mi intento discutir, ¡qué vida! ¡qué animación! ¡qué interés! ¡qué movimiento en ese mundo de seres reales ó ficticios, mas todos humanos! ¡qué destreza en el modo de complicar y deshacer el nudo de la acción! y ¡qué palpitante interés del principio al fin del drama!

Claro es que semejantes cualidades bastan para absolver los llamados extravíos de Lope, y para que consoliden el alto pedestal sobre que se alza la colosal figura de aquel genio inconmensurable, cuyas obras, á poco andar, habían conquistado por completo mi admiración y mis simpatías; porque debo decir desde luego, que en el creador del Teatro Español, no sólo se admira al poeta, sino que se ama al hombre; porque al través de esas producciones

inmortales se adivina un corazón tierno y apasionado, poseído de los más nobles sentimientos, que se desbordan con deliciosa naturalidad, encarnándose en los personajes, especialmente del sexo femenino, que anima sobre la escena; y más todavía, detrás del poeta que encanta con las mágicas creaciones de una fantasía inagotable, se advierte al hombre asendereado por los golpes de la fortuna, que si bien han abierto en su alma hondo venero de amargura, no han bastado para turbar la serenidad del filósofo, que avanza con pie firme tras la realización de los altos ideales que le inspiran.

Tales fueron, en general, los sentimientos que se despertaron en mi alma desde la época ya lejana á que me vengo refiriendo, y que con el transcurso del tiempo, con la reflexión y el estudio del insigne dramaturgo, se han visto confirmados en vez de debilitarse, hasta que ahora me he resuelto á dejar consignadas mis impresiones, como un tributo de admiración al grande hombre cuya gloria brilla más pura tras la crítica desdeñosa que intentó deslustrarla. No se crea por esto que abrigue la presunción de analizar en sus infinitos pormenores, las múltiples producciones del insigne poeta. ¿Qué podría añadir á los profundos y eruditos estudios literarios, biográficos y bibliográficos de los Sres. Menéndez y Pelayo, La Barrera y tantos otros sabios escritores que se han consagrado á tarea tan grata?¹ Por otra par-

¹ Debo aquí mencionar muy especialmente la edición monumental de las Obras de Lope de Vega que está haciendo la Academia Española, y que ha ordena-

te, esa obra, tal como la comprendo, desafía las fuerzas humanas por su extensión y magnitud, á trueque de quedar siempre incompleta, porque si es ya enorme lo que se conoce, es mucho mayor lo que se ignora, y que, por consiguiente, se escapa á todo examen. Sin embargo, en esa parte mutilada que nos queda, pareceme posible rastrear las bases fundamentales en que descansa la obra majestuosa de Lope, indicar los ideales que le inspiraron, y fijar el sistema que siguió para realizarlos, logrando así valorar hasta donde es posible la fecunda emancipación literaria, consumada por el «Fénix de los ingenios,» cuyo espíritu domina sin rival al través de tres siglos en la marcha gloriosa del arte dramático.

II

Tengo por principio indiscutible que al emprender el examen de una obra de arte, debe comenzarse por prescindir de todo espíritu de escuela, de toda idea fundada en el dogmatismo de un sistema determinado; hay, por el contrario, que identificarse hasta donde es posible con el alma del autor, para pensar como él pensaba, para sentir como él sentía, para percibir la relación que liga sus propias concepciones con el mundo físico que le rodeaba, y con la atmósfera

do y dirige el eminente humanista D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien bajo el modesto título de observaciones trae una serie de estudios profundísimos sobre cada una de las producciones del «Monstruo de la naturaleza,» digno sólo de ser comentado por el «Monstruo de la erudición y de la crítica.»